

pocos parajes de la preceptiva literaria sendereados desde antiguo. Suerte de *Baedecker* megalómana, el reciente artículo del señor Monner Sans se complace, a semejanza de muchas otras guías, en señalar al lector defraudado los sitios más venerables y ruinosos de aquella tantas veces excomulgada retórica.

Indudablemente, lo repetimos, las cuestiones relacionadas con el buen aprendizaje de la destreza literaria nos interesan a todos. Sin embargo — y ahí reside el acierto del aludido señor profesor — es cosa también indudable que de no haber mediado ese título que en pleonástico desborde de originalidad finge venir a reformarlo todo, contadas, pero muy contadas personas hubiesen leído ese atildado folleto, cuyo contenido, ideas y expresiones, nos resulta — sea dicho con toda franqueza y en pulcro símil rubeniano — muy siglo dieciocho y muy antiguo.

A. J. B.

Lengua, Enseñanza y Literatura, por AMÉRICO CASTRO. Madrid, Victoriano Suárez, editor, 1924.

En este volumen de la *Biblioteca española de divulgación científica*, el distinguido catedrático de la Universidad de Madrid reúne varios interesantes trabajos suyos, dispersos hasta ahora en diversas publicaciones peninsulares.

En estos trabajos, la seriedad y abundancia de la documentación aducida, la agudeza de algunos análisis y la elegante sencillez del estilo eminentemente didáctico, son las cualidades que con más fuerza reclaman la atención del lector reflexivo. Salvo el noble artículo polémico consagrado al estudio y crítica de la organización actual de las Facultades de Letras en España, los restantes — agrupados bajo la triple denominación de *esbozos* filológicos, pedagógicos y de historia literaria — sobrepasan el límite de lo puramente local y pueden, en muchos de sus puntos, tener provechosa aplicación a los problemas que entre nosotros plantea la enseñanza de la lengua y literatura madres.

En el capítulo inicial de su primer *esbozo*, traza el señor Castro un cuadro de conjunto de la evolución de la lengua española en el que, sin excluir el oportuno comentario personal, compendia los resultados obtenidos hasta el presente en ese campo de la lingüística romance; y en el segundo capítulo, que intitula *Dialectos españoles*, aborda el estudio de las condiciones políticas, administrativas y sociales que, una vez producida en España la fragmentación del latín vulgar en dialectos diversos, determinaron que uno de estos dialectos, el castellano, alcanzase la supremacía literaria y llegase o convertirse, andando el tiempo, en el español por antonomasia.

Viene luego, siguiendo el orden de las páginas, un ensayo sobre el habla andaluza, donde el señor Castro desarrolla nuevos puntos de vista y proporciona al curioso de estas materias multitud de valiosas observaciones personales. El número de consideraciones de carácter étnico e histórico con que se ayuda para hacer resaltar las modalidades propias del léxico popular andaluz, logra que su trabajo, rebasando el límite indicado en el título, se nos aparezca como un ensayo integral sobre el «andalucismo» o, por lo menos, como uno de esos estudios de psicología regional, de cuya falta en España se duele el autor, y sin los cuales — según apunta acertadamente — resulta difícil razonar sobre el habla de las provincias meridionales, tan íntimamente relacionada con la psicología y la historia del país. Tocante a cuestiones andaluzas, la bibliografía, la buena bibliografía se entiende, es harto pobre; esto agrega un mérito más al estudio del señor Castro, cuya utilidad para nosotros es tanto mayor, cuanto que los trabajos pertinentes de Schuchardt y de Wulff nos son, por su extrema rareza en el mercado libresco, punto menos que inaccesibles.

En el *esbozo* titulado *Los galicismos*, al tratar la influencia ejercida por la lengua francesa sobre la española, considera el señor Castro que existen dos maneras de encarar el asunto. «Podemos tomar la actitud histórica, y analizar cómo ha sido posible que se realice tan continua ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de vista es el de los escritores críticos inspirado más bien en la pedagogía social y literaria.» «Creo, sin embargo — agrega —, que ambos criterios son indisolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad, si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar.» Consecuente con este aserto, antes de fulminar, como es costumbre, todo giro o palabra venidos del francés, esboza, con gran copia de datos, la historia ocho veces secular de aquella ingerencia. Piensa, por lo pronto, que el hecho de que un idioma deje traslucir puntos de contacto con otro extranjero tiene en sí muy poca importancia y no da motivo suficiente para que los gramáticos pongan el grito en el cielo: «eso indica tan sólo que en uno o varios puntos la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua — en la excelente literatura —, el extranjerismo es uno de los tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura están impregnadas de galicismo o de italianis-

mo; en cambio, hay obras de marcado sabor tradicional que pueden, a veces, no merecer nuestra atención ». Por lo demás, el empleo de voces extranjeras no siempre supone superioridad de un país sobre otro; antes bien suele ser un reflejo del carácter internacional de la vida moderna. Los préstamos lingüísticos — la expresión es del señor Castro — son compatibles con una refinada cultura.

Es claro, sin embargo, que hay galicismos en extremo condenables; son aquellos cuyo empleo no está justificado por el deseo de lograr una mayor precisión técnica o por el de agregar un matiz nuevo, antes no conocido en nuestra lengua. El señor Castro los califica de *frívolos*, y distingue los de léxico de los de construcción; estos últimos, por atacar la parte más delicada del idioma, la *sintaxis*, son los más temibles. Cree el docto profesor español que en la Península el galicismo obedece a la concurrencia de causas complejas que pueden, con todo, reducirse a dos: la insuficiencia en España de muchos productos de cultura y el bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. El remedio, esto es, el desarraigo de los galicismos frívolos que motean nuestro romance, está, antes que en otra cosa, en la dignificación de esa enseñanza. En cuanto a los otros, su presencia casi es deseable.

La segunda parte de este hermoso ensayo se emplea por entero en el estudio del galicismo desde la Edad media a nuestros días. A través de una rica y segura información, el lector se hace cargo de como aquél entra casi siempre a España a la sombra de un movimiento cultural más o menos intenso venido de allende los Pirineos. Así ocurrió en la Edad Media en los dos momentos de influjo máximo: primero cuando la peregrinación por el camino de Francia, *vía francigena*, de toda suerte de viandantes devotos del apóstol Santiago y más tarde cuando el arribo de los monjes cluniacenses; así ocurrió luego en la Edad moderna, especialmente en el siglo xviii, y así ocurre ahora en los tiempos contemporáneos. Esta manera histórico crítica de encarar el problema del galicismo, esta falta de explosiones patrioterías y de recelos académicos, hace que, no obstante lo manoseado del tema, todo o casi todo lo dicho por el señor Castro resulte nuevo y merezca reflexión. En este caso, la reflexión nos servirá también a nosotros los de Buenos Aires donde, claro indicio de que el asunto interesa, no hay gramático que no tenga escrito o vociferado sobre el punto la mar y sus orillas. Mucho se ha escrito, es cierto, pero por suerte inútilmente. Desprovistos de una cultura lingüística general, nuestros gramáticos, a semejanza de algunos que todavía vegetan en España, en lugar de explicarnos históricamente ese fenómeno tan pleno de sugerencias aprovechables, han preferido condenarlo de antemano; casi sin conocerlo lo han anatematizado en nombre del quimérico purismo de quienes a esta altura del siglo siguen

BIBLIOGRAFÍA

jurando sobre el Diccionario de Baralt y tienen por santo de todas sus devociones gramaticales al gótico padre Mir.

A continuación, y con el título de *Lingüistas del pasado y del presente*, léese una semblanza de Antonio de Nebrija y otra de Hugo Schuchardt. La primera, más que un retrato y una biografía, es el diseño preciso de todo un momento de la ciencia española. El artículo sobre *La crítica filológica de los textos*, que las sigue, lo escribió el señor Castro con el loable propósito de dar a conocer a un público de no especializados en filología cómo se procede en una técnica que es frecuente ignorar o despreciar. Es muy corriente, en efecto, el tener la edición de un texto literario por empresa de poco valor, susceptible de ser llevada a buen término a fuerza de paciencia. «Entre nosotros, es todavía costumbre poner en enojosa promiscuidad al filólogo, al crítico literario, al dómine gramático, al profesor de idiomas y al erudito tocado del polvo, llamado venerable, de los archivos. De hecho, todos ellos pueden hacer y hacen ediciones de nuestra vieja literatura, y el gran público está privado de medios para discernir donde se encierra la mayor competencia.» Confusión tan lamentable nace del desconocimiento en que suelen estar muchas personas que se precian de cultas de qué cosa sea la filología, y de cómo la publicación de un texto antiguo exige del editor científico que la emprende una larga y previa elaboración técnica. «Esta no consiste, como se cree vulgarmente, en saber raras lenguas o en ocuparse de palabras.» La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos. — «Considerada de esa suerte, la filología invade la historia de la civilización en cuanto ésta se refleje especialmente en el lenguaje; pero esa amplitud, que convierte en infinito el problema de la filología, como el de todas las ciencias, halla una limitación y una prenda de exactitud en el estudio concreto del lenguaje, que le sirve de punto de partida. Representando, pues, los textos el único material sobre el que podemos aplicar nuestros supuestos científicos para reconstruir una parte del pasado, es evidente que no puede entregarse su tratamiento a la incuria o al diletantismo.»

En este trabajo, a pesar de la declaración del autor, no todo es para los no especializados en filología. Muchos de los consejos que lo ilustran serán utilizados por el reducido grupo de personas que entre nosotros comienza a darse al estudio directo de antiguas obras literarias, y en el que los discípulos argentinos del señor Castro están en manifiesta mayoría, pues fué él, precisamente, quien en 1923 trajo a Buenos Aires los métodos de la nueva ciencia y quien les aseguró, con la fundación del Instituto de Filología

de la Facultad de Filosofía y Letras, una aplicación tan inmediata como efectiva.

El ya citado artículo sobre las Facultades de Letras, una nota adicional a éste y un estudio acerca de la enseñanza de la lengua y literatura españolas integran, a continuación, los *esbozos* pedagógicos. El último de los nombrados reúne algunas sugerencias prácticas que, a buen seguro, nuestros profesores de segunda enseñanza podrían recoger con estimable provecho.

En el *Romance de la mujer que fué a la guerra* el señor Castro compara las versiones regionales de ese romance, una de las cuales versiones — muy superior a la asturiana que trae Menéndez y Pelayo en el tomo X de su *Antología* — la recogió él mismo de boca de los rústicos aldeanos de Zamora. Largo sería encarecer aquí el mérito de su estudio; a tal intento, apenas si bastará recordar que el *Romancero*, donde abundan las mujeres fuertes del tipo de Melisenda, Blanca-Flor o doña Guiomar, pocos retratos femeninos son tan interesantes como el de la hembra esforzada que vistiendo ropas de hombre vase a la guerra, pasa siete años entre rudos soldados y logra, a pesar de todo, volver doncella a su pueblo:

— Puente, puente, puentecito, puente de nuestro lugar,
una vez te pasé virgen y otra te volví a pasar.

Por fin, bello remate de tanta reflexión discreta y de tanto juicio profundo, cierra el volumen que vamos reseñando una original monografía intitulada *Algunos aspectos del siglo XVIII español*. Que ese fué un siglo sin gloria, sin ulteriores proyecciones históricas y falto de originalidad por lo afrancesado, es idea difundida entre quienes se ocupan de letras: lo escriben los críticos, lo estampan los manuales de literatura y lo repiten los maestros. A estar con unos y otros, habríamos de afirmar que la imitación transpirenaica, con las unidades dramáticas a la cabeza, viene en ese siglo a cortar bruscamente la tradición gloriosa de los anteriores. Contra este superficial punto de vista, del que participó el mismo Menéndez y Pelayo, recciona don Américo Castro. Su estudio, que él subtítulo «introducción metódica», proporciona un nuevo punto de mira desde el cual — cosa que no acontece en la *Historia de los Heterodoxos* del crítico santanderino — la visión del siglo de Feijóo se nos torna más cercana y, por ende, más luminosa.

ANGEL J. BATTISTESSA.

Los ANEJOS de la «*Revista de Filología Española*», edición de la *Revista*, Madrid, 1923-24, reseña de los números II, III, IV y V.

Es del dominio de todos que desde 1914, año de su aparición, la *Revista de Filología Española* viene ocupando ventajosamente y sin contrastes el primer